

Un obispo y un párroco enamorados de Dios y de las almas

San Francisco de Sales y el Venerable Siervo de Dios P. Francesco Cavina

(Hermana Mariapaola Campanella FSFS)

"Reconoceréis a San Francisco de Sales como vuestro Padre y a Santa Juana Francisca Chantal como vuestra Madre; tanto porque de ellos recibís su nombre como porque vuestra Congregación debe estar informada por el espíritu de estas dos grandes almas; y por ello será vuestra obligación estudiar sus vidas, obras y escritos, poner en práctica sus enseñanzas y copiar en vosotros mismos sus virtudes, especialmente ese espíritu de celo verdaderamente apostólico unido a esa singular dulzura y delicadeza con la que ganaron tantas almas para Dios".

Estas son las palabras que el Venerable Siervo de Dios P. Carlo Cavina escribió en el folleto titulado "Reglamento de Vida de las Hijas de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal", la primera Regla de la nueva Congregación, fundada en Lugo di Romagna el 23 de agosto de 1872. Es con inmensa alegría que nuestra Familia Religiosa celebra el 150 aniversario de su fundación en el mismo año en que se cumple el 400 aniversario del nacimiento al cielo de San Francisco de Sales. ¿Coincidencia o don de la gracia? Ciertamente la segunda opción, que acogemos como un regalo para reapropiarnos con mayor conciencia de nuestra espiritualidad y de nuestras raíces salesianas, porque así nos quería nuestro querido Fundador.

Locales histórico-eclesiásticos

Ciertamente, el escenario histórico que caracteriza la época en la que vivió San Francisco de Sales es muy diferente al de Don Carlo Cavina, al igual que la ubicación geográfica.

Una época de sangrientas guerras religiosas y fuertes contrastes entre católicos y protestantes, el debilitamiento de la monarquía francesa, el gobierno de Richelieu y Mazarino en Francia en la época de San Francisco de Sales; una época de sociedades secretas, levantamientos e insurrecciones carbonarias, guerras de independencia y todo lo que pertenece al Risorgimento italiano hasta la consecución de la tan discutida y buscada unidad nacional en la época de Don Carlo Cavina.

Si Francisco de Sales, como joven sacerdote y más tarde como obispo, se encontró con los calvinistas de Chablais, feroces opositores a su compromiso con la ortodoxia católica, dos siglos y medio más tarde Don Cavina se encontró en un contexto completamente distinto, pero no exento de problemas y dificultades, tanto políticas como eclesiásticas. Su tierra, Romagna, que había pertenecido al Estado de la Iglesia durante siglos, había estado alternativamente en posesión de los austriacos o de los franceses desde principios del siglo

XIX, volviendo a formar parte del Estado Papal en 1815. Esto había provocado reacciones generalizadas del pueblo con la participación en varias series de levantamientos insurreccionales, el florecimiento de la masonería y la difusión de sentimientos anticlericales.

La derrota final de Austria en la Segunda Guerra de la Independencia y la toma de posesión de los territorios del Estado de la Iglesia por el Reino de Cerdeña, gobernado por los Saboya, pusieron fin al secular dominio papal sobre Romaña.

Fueron tiempos muy duros para la Iglesia, caracterizada por una fuerte tensión con el Estado, y también para las órdenes religiosas, puestas en crisis por las leyes promulgadas entre 1855 y 1867, por lo que algunas de ellas fueron suprimidas y sus bienes confiscados.

San Francisco de Sales inspira a don Carlo Cavina

Pero, ¿qué es lo que vincula tan profundamente a un párroco de una pequeña ciudad de Romaña, que vivió entre la segunda mitad del siglo XVI y las dos primeras décadas del siglo XVII, con el obispo de Ginebra?

A nuestro Venerable Fundador le gustaba leer las vidas y obras de los santos, algo que se desprende constantemente de la Regla de Vida, en la que son frecuentes las citas de uno u otro santo, pero por Francisco de Sales -y obviamente por su hija espiritual Juana Francisca de Chantal- sentía una profunda admiración, Estaba tan fascinado por su espiritualidad que dio su nombre a la Congregación que fundó, lo señaló a las hermanas como un Padre a seguir y las instó a estudiar su vida y sus escritos, para captar y poner en práctica sus enseñanzas y virtudes.

Gracias a algunos estudios y profundizaciones realizados en la Congregación, sabemos que el Padre Carlo Cavina se inspiró en el "Directorio espiritual para las Hermanas de la Visitación de Santa María", escrito para la orden monástica de las Hermanas Visitandinas, y hemos hecho un curioso y agradable descubrimiento: existe una notable afinidad entre este Directorio y la Regla de Vida escrita por el Padre Cavina para las Hijas de San Francisco de Sales, incluso partes enteras están fielmente reproducidas allí. No es el Directorio escrito por San Francisco de Sales, ya que es muy posterior, pero lleva su impronta y contiene la espiritualidad que este gran Padre transmitió a sus Hijas de la Visitación. Recurrir a este Directorio es uno de los signos que subrayan la gran afinidad espiritual entre el Obispo de Sales y el Padre Charles.

Otro gran signo inequívoco, y muy querido por nosotros, es el deseo del Fundador de que las Hijas de San Francisco de Sales lleven la cruz salesiana de las Hermanas de la Visitación, cruz que las dos cofundadoras, Madre Teresa Fantoni y Madre Luigia Montanari, llevaron el 23 de octubre de 1872, dos meses después de la fundación del Instituto, y que sigue siendo el signo fundamental de pertenencia a la Congregación de las Hijas de San Francisco de Sales.

Afinidad espiritual

Preguntémosnos entonces: ¿qué afinidad espiritual tienen nuestros dos personajes en común? Seguramente lo que hace que estos dos pastores de almas sean cercanos y en parte similares es, ante todo, un amor fuerte y desbordante por Dios, que hace vibrar las cuerdas interiores del alma.

El que es llamado "el Doctor del Amor de Dios" escribe: "El amor hace que nos complazcamos en la vista del Amado, y la vista del Amado hace que nos deleitemos en su amor divino que hace arder los corazones de ambos.

"La caridad y la devoción se diferencian la una de la otra como el fuego de la llama; la caridad es un fuego espiritual, que cuando arde con una llama fuerte se llama devoción: la devoción sólo añade al fuego de la caridad la llama que la hace dispuesta, activa y diligente, no sólo en la observancia de los Mandamientos de Dios, sino también en el ejercicio de los consejos e inspiraciones celestiales" .

Se hace eco de él el P. Carlo Cavina que, en la Regla de Vida, lo expresa así: "Un alma verdaderamente investida por la fuerza del amor se eleva por encima de toda cosa humana, por encima de todo sentimiento de la naturaleza, por encima de todo interés para vivir en perfecta libertad y sencillez de puro amor a Dios" .

Y utilizando la misma imagen utilizada por Francisco de Sales, añade: "El amor es una llama de fuego. ¿Has observado cómo una llama se mueve constantemente, impaciente por encenderse cada vez más y quemar todo lo que la rodea? Así debe ser tu amor a Dios: un amor vivo y operante.

Este ardiente amor a Dios que anima los corazones de Francisco de Sales y Carlo Cavina no puede sino desembocar en ese celo apostólico que les animó desde el principio de su vocación sacerdotal, haciendo de ellos pastores incansables y creativos, misioneros enamorados de Cristo Jesús y ardientes de amor y pasión por las almas y la Iglesia.

Es el mismo San Francisco de Sales quien lo define en el Teotimo: "El celo no es otra cosa que el amor ardiente, o más bien el ardor que se encuentra en el amor" y de nuevo: "Es esta pasión divina la que dio origen a tantos esfuerzos apostólicos [...] en fin, la que hizo que tantos siervos de Dios velaran, trabajaran y murieran en las llamas del celo que los consumía y devoraba".

Y el P. Carlo Cavina captó este "ardor" del celo apostólico en su maestro, transmitiéndolo, como una entrega, como un testimonio que pasa de mano en mano, a las Hijas de San Francisco de Sales: "El amor a Dios y al prójimo, con el que debéis arder como Esposas del Sagrado Corazón, debe inflamaros con un celo verdaderamente apostólico por la gloria de Dios y la salvación de las almas; debe encender en vosotras un deseo muy vivo de ver el objeto de vuestro amor conocido, amado y honrado por todos".

Y de nuevo: "Podéis comprender cuál debe ser el espíritu que debe informar cada uno de vuestros pensamientos, cada una de vuestras palabras, cada una de vuestras acciones: un espíritu de celo verdaderamente apostólico, que os haga morir completamente a cualquier otro interés, ya sea personal o mundano, para vivir únicamente por los intereses del Corazón de Jesús.

Para ambos, el inmenso amor a Dios y a su Hijo Jesús se traduce en un apasionado amor a la Iglesia, que Francisco de Sales describe como "un jardín coloreado por una infinita variedad de flores... de diferente tamaño, diferente color, diferente fragancia y, en definitiva, diferente calidad". Todas tienen su mérito, su gracia, su esplendor y todas, vistas en la totalidad de sus variedades, constituyen un maravilloso espectáculo de belleza" .

Para esta Iglesia abigarrada, rica en carismas, pero también agobiada por los numerosos problemas de la época en la que vivía, Francisco de Sales se mostró como un pastor atento a todas las categorías de personas, desde sus hermanos sacerdotes, confiados a su cuidado como obispo, hasta las numerosas almas, religiosas y laicas, que se encomendaron a su dirección espiritual, pasando por todas las personas de todos los estratos sociales, a las que se esforzaba por llegar de todas las maneras, a través de su predicación pero también de sus visitas, desde los ricos señores hasta los campesinos dispersos por el campo de la diócesis de Ginebra.

También demostró ser un gran catequista que, dando buen ejemplo a sus sacerdotes, formó a los niños y a los catequistas laicos en la fe católica, consciente de que sólo una sólida educación cristiana podía alejar a las jóvenes generaciones del peligro de caer en las redes de la doctrina protestante.

Unos doscientos cincuenta años más tarde, Don Cavina reveló su ardor apostólico y su amor por la Iglesia, dedicando todo su tiempo, sus talentos y sus energías de verdadero pastor al servicio del pueblo de Romaña, sin escatimar esfuerzos.

Los testimonios depositados en la 'Positio super virtutibus' del Venerable Siervo de Dios por parte de sus compañeros sacerdotes, hermanos laicos y religiosos del lugar, son un claro testimonio de que fue, en toda situación, capaz de 'saber desenredar las circunstancias difíciles con la tenacidad de la persuasión, fiel también en esto a San Francisco de Sales, según el cual se cazan más moscas con una cuchara de miel que con un barril de vinagre'.

Durante su ministerio sacerdotal, que duró 37 años, el P. Cavina se ocupó de la viña del Señor en su totalidad desde el principio, impulsando las devociones típicas de la piedad popular e introduciendo nuevas iniciativas destinadas a despertar y revitalizar la fe de la gente. Pastor de almas y guía espiritual, tiene el mérito de haber acercado a un creyente anglicano convencido a la Iglesia católica y de haber trabajado para contrarrestar la difusión de la masonería y el anticlericalismo en Romaña.

La cura espiritual de las almas iba acompañada de la atención y el apoyo a las familias, especialmente a las más necesitadas, pero también y sobre todo a la emergencia educativa que afectaba a las niñas y a los jóvenes, especialmente expuestos a los riesgos que la nueva ola de emancipación moral y el clima anticlerical surgido tras la caída del poder temporal de la Iglesia habían extendido.

Precisamente con este carisma, don del Espíritu Santo, nacieron las Hijas de San Francisco de Sales, llamadas a ser, en la Iglesia y para la Iglesia, educadoras de la fe, especialmente de los niños, de los jóvenes y de la juventud, pero con un corazón siempre abierto al mundo que las rodea.

Jesús", dice el P. Cavina en la Regla de Vida, "os invita a elevar vuestra mente por encima de los intereses y preocupaciones materiales de la época y a participar en los trabajos de la Iglesia, en los esfuerzos de los ministros del Señor, en la gran obra de la Providencia, es decir, en la salvación de las almas" .

Para que las Hijas de San Francisco de Sales lleven a cabo este "tomar parte en los trabajos de la Iglesia" dedicándose "a la salvación de las almas", el fundador Carlo Cavina les da una impronta especial, que es el estilo de Francisco de Sales, sus indicaciones para la vida espiritual, las virtudes que recomendaba a las hermanas de la Visitación que fundó.

Virtudes y estilo salesiano

En el capítulo V de la Regla de Vida, que traza el itinerario espiritual de las Hijas de San Francisco de Sales, el P. Cavina dedica un amplio apartado a las virtudes que hay que poner en práctica para caminar por la senda de la santidad y, tras las virtudes teologales, encuentran su lugar las virtudes que encontramos en la Filotea, en los Retiros, en las Cartas y en otros escritos de San Francisco de Sales.

Francisco de Sales, que afirma en la Filotea que "los Santos, y especialmente el Rey de los Santos y su Madre, honran y aman la humildad más que todas las demás virtudes morales", se hace eco del Venerable Padre. se hace eco el Venerable Padre Cavina, que afirma en la Regla de Vida: "Como sabéis, la virtud de la humildad es la base, el fundamento de todas las virtudes y la prueba segura de la verdadera santidad".

Como gran conocedor del corazón humano, Francisco de Sales explica a Filotea que "a menudo decimos que no somos nada, o más bien que somos la miseria en persona, la basura del mundo; pero nos dolería mucho que se nos tomara al pie de la letra y que se nos considerara en público según lo que decimos" y es un concepto que el P. Cavina retoma a propósito de la falsa humildad: "Hay algunos que en sus discursos suelen hablar de su propia miseria, llamándose a sí mismos miserables y mezquinos, pero en cuanto son despreciados por los demás, ofendidos, burlados, insultados, enseguida se enfadan, se resienten, se desprecian y no saben soportar con paz el más mínimo escozor que se les hace".

Si el Santo Obispo dice a Filotea que "la humildad esconde y cubre las virtudes para conservarlas, las deja ver cuando la caridad lo exige, para aumentarlas, desarrollarlas y perfeccionarlas". El P. Charles escribe para sus Hijas que "la verdadera humildad busca ocultar las otras virtudes y mucho más a sí misma" .

Francisco de Sales señala a Jesús como el único y verdadero modelo de humildad, "Aquel que vivió y murió como la oscuridad de los hombres y la abyección del pueblo para elevarnos" y el P. Cavina exhorta a sus Hijas a fijar la mirada "con frecuencia en el amabilísimo Redentor que se humilló y se revolvió por tu amor" y que "se humilló hasta someterse a la infame y aborrecible muerte de cruz".

La presencia de la impronta salesiana es también muy evidente en la Regla de Vida en lo que se refiere a la virtud de la sencillez desde las primeras líneas: "Si eres puro de espíritu y humilde de corazón, conseguirás también ser sencillo, de esa sencillez de la paloma, que hace al alma querida por Dios, y semejante a Dios, porque Él es sencillísimo y ama a los sencillos".

Esta expresión se hace eco de las palabras que encontramos en el XII Tratado: "Aprende de la paloma a amar a Dios con sencillez de corazón, teniendo una sola aspiración y un solo fin en todo lo que hagas" . Pero lo realmente importante es cómo ambos captaron y explicaron la esencia de la sencillez: para Francisco de Sales, es la virtud que "apunta directamente a Dios, sin sufrir nunca ninguna mezcla de interés propio" . Más adelante, añade: "Quien está atento a complacer amorosamente al Amante celestial, no tiene ni el corazón ni el tiempo para volver a sí mismo, porque su espíritu tiende constantemente hacia el lado al que le conduce el amor" .

El P. Charles hace suyo este concepto y lo personaliza con su propia sensibilidad y experiencia espiritual: "Por medio de esta virtud debes ir directamente a Dios, sin considerarte a ti mismo, ni a otras personas, ni a otras cosas. Con ella debes caminar en la voluntad divina y en virtud de ella cumplirla tan perfectamente como la mayor gloria de Dios lo requiera". Pero si la humildad, la sencillez y la paciencia son importantes, hay una virtud salesiana que tocó el corazón del P. Cavina de manera extraordinaria y que trató de inculcar radicalmente a las hermanas que fundó, también en vista de la misión de educadoras a la que están llamadas: es la virtud de la mansedumbre. El artículo 19 de la Regla de Vida, titulado "Mansedumbre y mansedumbre" comienza así: "¿Cómo podríais llamaros Esposas del Divino Corazón e Hijas de San Francisco de Sales sin mansedumbre y mansedumbre?" Es el artículo que con más frecuencia menciona o cita las palabras de San Francisco de Sales, señalándolo como ejemplo de vida.

"Mirad a vuestro Padre San Francisco de Sales: ¿no era él, por su mansedumbre y dulzura, una imagen viva de Jesucristo?" .

Y en cuanto al apostolado que las hermanas están llamadas a realizar, el P. Charles señala: "Estáis llamadas a la educación de la juventud; pero ¿qué medio puede ser más eficaz que

la dulzura y la mansedumbre para hacer fecundo este apostolado vuestro? 'Sé siempre amable', dice tu padre San Francisco de Sales, 'tanto como puedas, recordando que se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre' .

También respecto a la corrección, cuando es necesaria, el padre Cavina exhorta a las hermanas: 'Si tenéis que corregir a una persona de algún vicio o defecto, hacedlo siempre con dulzura y paz [...], porque el espíritu humano está hecho de tal manera que con el rigor se endurece, mientras que con la dulzura permanece completamente dócil'. retomando la enseñanza del salesiano a Filotea: "Las observaciones de un padre, si se hacen con dulzura y cordialidad, son mucho más eficaces para corregir a su hijo que la ira y los arrebatos".

Francisco a la Visitandina le dijo: "Aquel que sale al encuentro de su prójimo con las bendiciones de la mansedumbre, será el más perfecto imitador de Nuestro Señor". El P. Cavina decía a sus hermanas: "Mirad la vida de Jesucristo, y os asombraréis al ver la gran mansedumbre y dulzura de su Corazón".

Para concluir, Francisco de Sales y el P. Carlo Cavina casi nos hacen tocar con nuestras propias manos los efectos de la grandeza y la fuerza del Espíritu Santo, que acorta las distancias del espacio y del tiempo, une en el amor y en la pasión por las almas a quienes fijan su mirada en Dios y tienen en el corazón lo que fue querido por el corazón de Cristo y la cumbre de su misión: "Y ésta es la voluntad del que me ha enviado, que no pierda nada de lo que me ha dado".